

vil delator y si el juez imparcial de un acusado, se atreveria á dirigirme los cargos que tú me has dirigido, ni forjaria falsas comparaciones, ni remedaria expresiones ni gestos. ¿Dependia, acaso, la salvacion de la Grecia de una palabra más bien que de otra, ó de una mano más ó ménos levantada? Lo que haria es mirar la verdad de las cosas, examinar cuáles eran las fuerzas y los recursos de la República cuando me hice cargo de los negocios, los que yo proporcioné y la situacion de los enemigos. ¿Aminoré nuestro poder? Se hubiera ocupado en descubrir y revelar mis faltas. ¿Lo aumenté, por el contrario? No debió calumniarme, Este exámen que tú has omitido, voy á hacerlo yo.

Tenia la República en su favor á algunos Estados insulares de los más pequeños, puesto que Chios, Rodas, Corinto y Corcira no estaban con nosotros. Las rentas públicas ascendian á cuarenta y cinco talentos, y se habian cobrado adelantadas. Infanteria pesada y caballeria no habia más que las de Atenas, y lo mástemible para nosotros y más ventajoso para el enemigo, era que los traidores que intrigaban en su favor habian enfriado la amistad y despertado el ódio de nuestros vecinos de Megara, de Tebas y de la Eubea. Tal era nuestra situacion. En cuanto á Filipo, con quien teniamos que combatir, examinad sus fuerzas. Desde luego era el soberano absoluto de las tropas que

le seguian, lo que dá en la guerra ventaja inmensa; sus soldados tenian siempre las armas en la mano, disponia de todo el oro que necesitaba, todo lo que decia era ejecutado sin divulgarlo en decretos ni en deliberaciones públicas, sin ser arrastrado ante los tribunales por la calumnia, ni acusado de infringir las leyes, ni sometido á ninguna responsabilidad; jefe, en fin, de cuanto le rodeaba, potentado, arbitro supremo de todo. Yo, que tenia de frente este enemigo, ¿de qué podia disponer? De nada. La palabra la dividisteis entre yo y los asalariados de Filipo, sin conocer que cada vez que triunfaban, gracias á los pretextos más frívolos, era el enemigo quien inspiraba vuestras resoluciones. No obstante estas ventajas, reuní en torno vuestro la Eubea, la Achia, Corinto, Tebas, Megara, Léucade y Corcira; coalicion que os suministró quince mil infantes y dos mil soldados de caballeria, sin contar las milicias ciudadanas. En cuanto á los subsidios hice que fuesen los mayores posibles.

Pero si hablas del contingente que debian presentar Tebas, Bizancio y la Eubea; si vociferas sobre la desigualdad de las reparaciones, demuestras ignorar que de las trescientas naves que combatieron otras veces por la Grecia, nuestra República sola habia armado doscientas. ¿Creyóse por esto perjudicada? ¿Se acusó á los autores de este consejo? ¿Se irritó nadie contra ellos? Semejanta

cosa habria sido una deshonra. Dió gracias á los Dioses, porque en el comun peligro le permitieron contribuir con el doble que los demás, para asegurar la independencia de todos; nádie debe envidiarte el mérito que contraes con los atenienses al calumniarme. ¿Por qué no has dicho hasta ahora lo que era necesario hacer? ¿Por qué frecuentando las asambleas públicas no propusiste en tiempo oportuno, cuando podías esperar que tu opinion fuese admitida puestó que entónces nos veíamos obligados á aceptar, no le mejor, sinó lo que daban las circunstancias? Por que tenias que servir, con tu silencio, á un enemigo de tu patria que te pagaba, y que abria los brazos á los pueblos que se apartaban de nosotros.

Combates lo que en aquella época llevé á cabo; pero ¿qué se haria si hubiese llevado de nosotros á los griegos, lanzándolos en el partido de Filipo que habria dominado á un mismo tiempo la Eubea, Tebas y Bizancio? ¿Qué no habrian hecho esos hombres para los cuales nada hay sagrado? Habrian gritado: « Traicion! Se ha rechazado á los que querian unirse á nosotros. Con Bizancio, Filipo es dueño del Helesponto y dispone soberanamente de las comunicaciones por donde vienen los trigos á la Grecia; con los tebanos hará pasar desde nuestras fronteras al corazon del Atica una guerra sangrienta; y los piratas salidos de la Eubea infestarán el mar, haciendo la

navegacion impracticable. » Esto habrian dicho y cuántas otras cosas más; Qué mónstruo, mayor que el sicofanta!; En todo tiempo, en todo lugar muéstrase envidioso y acusador por instinto!; Tal es ese raposo de faz humana nacido para la perfidia y la bajeza, es mono de teatro, ese Oenomaüs de aldea, ese orador falsario!; De qué ha servido tu elocuencia á la patria? En tí creo ver un médico que al visitar á sus enfermos no indicase ningun remedio para curarlos, y que después de muertos asistiera á los funerales y los siguiera hasta la sepultura diciendo: « Si este hombre hubiese adoptado tal régimen, no habria perdido la existencia. »; Insensato!; Tal es hoy tu tardío lenguaje!

Por lo que hace á nuestra derrota que te sirve de regocijo, ¡ malvado! y que deberia hacerte gemir y llorar, vosotros reconocereis, atenienses, que en nada absolutamente he contribuido á ella. En donde quierá que he estado como embajador de la República, ¿han conseguido los enviados de Filipo alguna ventaja sobre vosotros? No en parte alguna, ni en Tesalia, ni en Ambracia, ni en la Iliria, ni ante los reyes Traces, ni en Bizancio, ni en Tebas. Pero lo que yo hacia con la palabra, Filipo lo destruia con la fuerza. ¡ Y sin embargo no te avergüenzas de acusarme! ¿ Querias que Demóstenes, á quien has calificado de cobarde, tuviese más poder que las armas de Filipo? ¿ Y con qué medios? ¿ Con la palabra? Porque es

eláro que yo sólo contaba con mi palabra, no disponia de la vida ni de la fortuna de nadie, ni de las operaciones militares, ni de la suerte de los combates; ni de nada, en fin, de cuanto tú me haces responsable. ¿Pero qué podía y qué debía hacer el orador de Atenas? Descubrir el mal en su origen y denunciarlo á sus conciudadanos; prevenir, en lo posible, los retardos, falsos pretextos, las oposiciones indirectas, las faltas y los obstáculos de todo género, demasiado frecuentes entre Repúblicas aliadas y envidiosas; oponer á estas dificultades la amistad, la concordia y el celo por el bien público: esto fué cabalmente lo que hice y nadie puede acusarme de lo contrario. Pregúntaseme cómo entonces pudo Filipo conseguir la victoria; la Grecia entera responderá por mí: sus armas lo invadieron todo y su oro todo lo corrompió. No estaba á mi alcance el combatir contra tales medios: yo no tenía tesoros ni soldados. Pero en cuanto dependia de mis fuerzas me atreveré á asegurar que he vencido siempre á Filipo. ¿Sabeis cómo? Rechazando sus dádivas y resistiendo á sus ofertas seductoras. Cuando un hombre se deja comprar, el comprador puede decir que ha triunfado de él; pero el que es incorruptible puede decir que ha triunfado del corruptor. En cuanto ha dependido de Demóstenes, Atenas, quedó, pues invencible y victoriosa.

Después de la batalla no me habría sor-

prendido que el Pueblo, aun sabiendo todo lo que habia hecho, desconociese mis servicios al vérsese amenazado de un gran peligro. Pero cuando se deliberó sobre los medios de salvar la ciudad, fueron mis consejos los que se aprobaron. Todo lo que se referia á la defensa de Atenas, distribucion de guardias, atrincheramientos, contribuciones para reparar los muros, todo fué ordenado por mis decretos. Teniendo el Pueblo que elegir un intendente para los víveres, me dió la preferencia sobre todos los demás. No tardaron en unirse contra mí esos hombres empeñados en pederme: acusáronme de ilegalidad, despilfarros y de traicion, no por sí mismos sino por medio de hombres pagados, detrás de los cuales creian ocultarse. Vosotros recordareis que en los primeros tiempos yo era acusado casi todos los dias. La locura de Sosieles, las calumnias de Filócrates, la ira de Diondas y de Melanto, todo se dirigió contra mí. De tantos peligros, gracias á los Dioses y á todos los demás atenienses sali vencedor. Así lo ordenaba la justicia, puesto que yo tenía el apoyo de la verdad y jueces fieles á su juramento: absolverme del cargo de traicion sin que tuviesen mis acusadores la quinta parte de los sufragios, fué declarar mi conducta irreprochable; no hallar fundada la acusacion que se me hizo de ilegalidad, fué atestiguar el respeto que mis palabras y mis proposiciones guardaron siempre á la ley; aprobar mis cuentas fué reconocerme incorruptible.

Y después de sabidos vuestros fallos, ¿En qué términos era conveniente y justo que Ctesifonte hablase de mi conducta? ¿Podía expresarse de otra suerte que el Pueblo, de otro modo que los jueces ligados por un juramento, y que la verdad proclamada por la voz pública?

A esto dice Esquines que la gloria de Céfalo consiste en no haber sido acusado nunca. ¡Oh! di mejor su buena suerte. El que habiendo sufrido muchas acusaciones jamás se ha encontrado culpable, ¿será por esto criminal? Por otra parte, ciudadanos de Atenas, refiriéndome sólo á mi adversario, puedo atribuirme la gloria de Céfalo: nunca seme ha acusado ni perseguido hasta ahora; por consiguiente, Esquines, tú mismo confiesas que soy tan buen ciudadano como Céfalo. En muchos puntos resaltan su maldad y su rastrera envidia y más especialmente que en todos en sus declamaciones sobre la fortuna. Creo que el hombre no puede echar en cara al hombre su destino. ¿Quién se atreverá á jactarse de su buena suerte y á insultarla desgracia ajena si el que es afortunado hoy no sabe si lo será mañana? Sobre este asunto, Esquines se e resa con una soberbia desdeñosa: ved, atenienses, cuánto más humano y verdadero es mi lenguaje.

Creo que nuestra República tiene un feliz destino: Júpiter en Dodona y Apolo en Delfos nos lo han asegurado por medio de

sus oráculos. Pero la suerte que ahora pesa sobre todos los pueblos es triste y penosa. ¿Cuál es el griego ó el bárbaro de nuestro tiempo que no ha experimentado los golpes del infortunio? Sin embargo haber adoptado el partido más honroso y verse en una situación más favorable que la de esos mismos helenos que esperaban su dicha de nuestra ruina, son cosas en las cuales reconozco la buena fortuna de Atenas. Si hemos corrido riesgos y si todo no ha sucedido con arreglo á nuestros deseos, es porque participamos de la suerte de los demás hombres, porque teníamos que pagar nuestro contingente en el comun infortunio. En cuanto á mi suerte particular y á la de cualquiera de vosotros, debe buscarse en lo que se refiere únicamente á nuestra persona. Tal es el camino más corto y fácil. Esquines afirma que mi suerte somete á su influencia la suerte del Estado; ó lo que es lo mismo, que mi destino, humilde y oscuro, prevalece sobre el alto y glorioso destino de la patria. ¿Es esto posible? ¿Te empeñas, Esquines, en estudiar mi suerte? Pues compárala con la tuya, y si la encuentras preferible no vuelvas á despreciarla. Remontémonos á nuestro origen: pero ántes quiero protestar ¡por Júpiter y por todos los Inmortales! que repugna á mi corazón y á mi carácter lo que voy á decir. Reconozco que no es digno ni generoso saltar de lodo la cara del pobre, ni vanagloriarse de haber nacido en el seno de la

opulencia. Si los insultos y las calumnias de ese malvado me obligan á semejantes discursos, conservaré al ménos en ellos toda la moderacion que el asunto consienta.

Siendo niño tuve la fortuna de frecuentar las mejores escuelas y de poseer bastantes recursos para que nada me obligase á envilecerme. Ya hombre, mi conducta correspondió á mi educacion: fui corega y trierarca, contribuí á los gastos de Atenas, jamás me libré de ejercer un acto de liberalidad público ó privado, y serví á la patria y á mis amigos. Dedicado á los negocios del Gobierno, merecí que se me concedieran muchas coronas, por la República y por la Grecia, sin que mis enemigos intentasen oponerse. Tal ha sido mi vida. Y tú, personaje ilustre, que anonadas á los demás con tu desdén, ¿qué vida has tenido? Criado en la miseria, serviste primero con tu padre en casa de un maestro de escuela donde hacías la tinta, barrias la clase y con la esponja en la mano lavabas los bancos: servicios todos de esclavo y no de hombre libre. En tu juventud ayudabas á tu madre en sus operaciones mágicas, leyendo el libro de los misterios mientras ella los explicaba. Por la noche cubrias con una piel de cervato á los afortunados adeptos; los rociabas con vino y para purificarlos los frotabas con salvado y con cieno; después de la ceremonia les mandabas decir: *Hé dejado el mal y he encontrado el bien.* Te vanagloriabas de

aular mejor que nadie, lo que no te niego, porque con una voz tan fuerte se debe sobresalir en el estrépito de los aullidos. Durante el día conducías por las calles una brillante tropa de visionarios coronados con tallos de ninojo y de álamo, y empuñando unas culebras y agitándolas sobre tu cabeza gritabas: *¡Evoe Saboe!* ó bien bailabas cantando al mismo tiempo: *¡Hyes Attes!* *¡Attes Hyes!* Saludado por algunas viejas burlonas con los títulos de príncipe, de general, de portayedras y de porta-cribas, y con otros nombres magníficos, cobrabas tus honorarios en empanadas, tortas y panes cocidos. ¿Quién, pues, no ensalzará tu buena suerte? ¿Quién no envidiará tu estrella? Apenas te inscribiste en una tribu, — no diré cómo, es mejor olvidarlo, — escogiste la ocupacion más honrosa, haciéndote copista y sirviente de los magistrados inferiores. Dejaste este oficio después de haber hecho en él todo lo que achacas á los demás. Este brillante principio no fué oscurecido por el resto de tu vida, pues entraste á la dependencia de histriones famosos, tales como los Simylos y los Sócrates llamados los *Suspiradores*. Desempeñabas los terceros papeles y merodeabas por los campos recogiendo higos, uvas y aceitunas, como si fuese tuya la recoleccion. En estas raterías recibiste más golpes aún que en la escena, dondes tus camaradas y tú exponíais vuestra vida. Los espectadores os hacían una guerra implacable. Tan-

tas gloriosas heridas bien te han dado el derecho de acusar de cobardía á los que no han conocido esos peligros.

Pasemos adelante, porque esos vicios se pueden atribuir á la pobreza, y lleguemos á los crímenes cuyo origen está en tu corazón. Desde que comenzaste á representar el papel de hombre de Estado, tu conducta política fué tal que en las prosperidades de la patria has pasado la vida como una liebre: siempre trémulo, muerto de miedo y esperando á todas horas el suplicio debido á las traiciones de que te acusaba tu conciencia; y cuando tus compatriotas sufrían el peso del infortunio, te mostrabas atrevido, desafiando á todas las miradas. Pero el que prospera y goza con la muerte de mil ciudadanos, ¿qué castigo no merece de parte de los vivos? Léjos de presentar al acaso todas tus ignominias, me ocuparé solo de aquellas que no manchen mis labios. Compara, Esquines, tu vida á la mía con calma, y pregunta á todas los ciudadanos cuál les parece preferible: enseñabas las primeras letras, yo tenia muestros; servias para explicar los misterios, yo estaba iniciado en ellos; eras bailarín, yo corega; escribiente, yo orador; histrion subalterno, yo espectador; caías en la escena, yo silbaba. Cuando eras gobernante favorecías á los enemigos y yo trabajaba por la patria, y, para abreviar el paralelo, hoy mismo que quieres disputarme una corona, somos juzgados, yo

irreprochable y tú calumniador. ¡Ya lo ves, Esquines, esta brillante fortuna compañera de tu vida, te permite acusar mi miserable suerte! Vay á presentar todos los documentos que atestiguan los cargos públicos que he desempeñado. En venganza, léenos aquellas tiradas de versos, maltratados por tí, que empiezan:

«De la noche abandono los abismos.....»

O bien aquellos ostros:

«A pesar mio, anuncio los desastres,»

O aquellos:

«¡Maldicion sobre tí, malvado!.....»

¡Que los Dioses, que nuestros jueces te exterminen, infame ciudadano, cómico de la legal! Léanse los testimonios. — (*Lectura de los testimonios.*)

Mira lo que he sido para mi patria: en las relaciones privadas cuán dulce, cuán humano, cuán caritativo ha sido mi carácter; no diré ni una sola palabra en mi abono, ni presentaré declaración de testigos para probaros los cautivos que he rescatado, las huérfanas que he dotado y las demás acciones de esta índole. Porque un favor debe estar siempre presente á la memoria del que lo recibe, y quedar prontamente olvidado en la memoria del que lo hace, si aquél quiere ser agradecido y éste generoso. Preguntar los beneficios que se dispensan es

casi echarlos en cara, y yo jamás haré eso. Cualquiera que sea la opinion que de mí se forme sobre este particular, descanso tranquilo en mi conciencia.

Dejemos los asuntos personales para hablarlos todavía acerca de los asuntos públicos. Si puedes, Esquines, mostrar bajo el cielo un solo mortal, heleno ó bárbaro, á quien no haya alcanzado el poder de Filipo ó de Alejandro, te concedo que mi adversa fortuna ha ocasionado todos los males de la Grecia. Pero si millares de hombres que jamás me han visto ni oído; si ciudades y naciones enteras han experimentado tantas desgracias horribles, ¿cuánto más justo y más verdadero no será atribuir las á un destino comun que al desbordamiento de una suerte funesta? ¡Buen cuidado has tenido de callar esto! Fundas tambien tu acusacion en que yo habia tomado parte en el Gobierno. Y no ignoras que tus invectivas se dirigen contra todas los atenienses y, principalmente, contra tí mismo. Si mi voluntad hubiese dirigido por sí sola los asuntos, podrias en union de todos los oradores, levantarte contra mí. Pero si mis enemigos asistian á todas las Asambleas; si los intereses del Estado eran sometidos á deliberaciones públicas; si mis planes fueron aprobados por todos y particularmente por tí, que me cedias las esperanzas, la gloria y los honores como recompensa de mi conducta, no por afecto que me profesases, sinó por el ascendiente de

la verdad y por la imposibilidad de dar mejores consejos, ¿qué fundamento tienen, pues, tu injusticia de condenar hoy mis palabras, cuando entónces no tenias nada mejor que proponer?

Es principio establecido en todas las naciones que el mal cometido deliberadamente se castigue con penas rigorosas é inflexibles y que para toda falta involuntaria se tenga indulgencia y moderación. ¿ Hay un ciudadano que sin prevaricar y después de haberse consagrado á empresas que todos aprobaban, sucumbe en la ruina comun? No le dirijais injurias ni recriminaciones: participad más bien de su pesar. Estas máximas no están solamente en las leyes, la naturaleza las ha grabado en el corazón del hombre con caracteres indelebles. Esquines, sin embargo, traspasa todos los límites en sus delaciones atroces. Lo que él mismo ha llamado revés de la fortuna, me lo atribuye como un delito; dando á sus palabras acento de candor y de patriotismo, os induce á la desconfianza, teme que os engañe y os seduzca; me llama, en fin, orador peligroso, fascinador y sofista; y como si atribuyendo á otro sus propias cualidades se las pudiese prestar! como si los oyentes no conociesen los lábios de donde parté la afrenta! Pero sé que conoceis á Esquines y que todos le considerais más merecedor que yo de sus injurias. Sé tambien que la elocuencia que me supone depende, sobre todo, del audito-

rió, y que el orador acogido y más favorablemente escuchado, pasa siempre por el más hábil; pero sea de esto lo que quiera, mi experiencia en el arte de la palabra se empleó siempre por vosotros en los asuntos públicos y jamás contra vosotros ni áun en las causas privadas. La suya, vendida al enemigo, se desencadenaba contra todo particular que le resistía, sin emplearla nunca en pró de la justicia y del bien público. ¿Debe un buen ciudadano pedir á sus jueces reunidos para tratar de los intereses generales que se presten á servir su ira, su ódio y sus pasiones? ¿Debe traer tales sentimientos ante vosotros? ¡Nó! Su corazón los desechará ó sabrá al ménos moderarlos. ¿Cuándo el orador y el hombre de Estado podrán abandonarse á los impulsos de su vehemencia? Cuando algun peligro amenace á la patria, cuando el pueblo tenga alguna guerra que sostener. Entónces es cuando se encendería el celo de los buenos ciudadanos. Pero no haberme perseguido nunca en su nombre ni en nombre de Atenas por ningún atentado ni delito, y venir hoy armado de una acusacion contra una corona y contra algunos elogios, y agotar, en ella todos los recursos de su elocuencia, es dar á conocer el ódio y la envidia de un corazón vil y corrompido. Caer primero sobre Cetsifonte y dirigir después las armas contra mí, es acumular todas las bajezas. Vista la vehemencia de tus acusaciones, podria creers

que habias emprendido esta acusacion, no para pedir el castigo de un culpable, sinó para hacer alarde depulmones desarrollados. Y no es la belleza del lenguaje ni el estrépito de la voz lo que se estima en los oradores, sinó su amor á la juaticia y su deseo de obrar siempre conforme á los intereses de la patria. Con estos sentimientos las palabras serán siempre sinceras y leales. El que se inclina servilmente hácia el punto donde la República oye el bramido de las tempestades, no se asegura en la misma áncora que sus conciudadanos, ni espera la salvacion del mismo lado que ellos. ¿No miras en mí todo lo contrario? Nunca tuve más interés que el interés de todos, sacrificando siempre al bien comun toda mira personal. ¿Y podrás decir otro tanto, tú que inmediatamente después de la batalla fuiste de embajador cerca de Filipo, ántes de las desgracias de tu patria? Todos saben que ántes habias rehusado siempre este cargo. Pero, ¿quién es el que engaña á la República? ¿No es el ciudadano que habla de distinta manera que piensa? ¿No recaen sobre él las justas imprecaciones del heraldo? ¿Puede vituperarse á un orador algo más grave que el hablar contra sus propios sentimientos? Pues este es el crimen que se ha descubierto en tí. ¿Y aún tienes ánimo para hablar? ¿Y aún te atreves á mirar á los ciudadanos! ¿Crees que no te conocen ó que el sueño del olvido ha borrado el recuerdo de



los discursos que pronunciaste durante la guerra, cuando protestabas con imprecaciones y juramentos que no tenias ninguna inteligencia con Filipo, atribuyendo á ódio personal las acusaciones que yo te dirigia? Todos recuerdan que al llegar la noticia de la derrota, olvidaste cuantas seguridades habias dado, y te proclamaste el huésped y el amigo de Filipo, disfrazando con estos hermosos nombres tu infame tráfico. Y en efecto, ¿qué título legítimo pudo tener Esquines, el hijo de Glaucotea la tocadora de tímpano, para ser huésped y amigo ó solamente conocido del monarca Macedonio? No le conozco ninguno, y sólo veo que estaba á su servicio para perder á Atenas. Tu traicion era manifiesta: después del desastre fuiste tu propio denunciador, tú que me ultrajas y me atribuyes unas desgracias de las cuales no encontrarás á nadie que sea ménos culpable que yo.

La República ha emprendido y ejecutado grandes cosas por mi consejo, y voy á presentarte la prueba de que no ha olvidado mis servicios. Cuando después de la derrota fué necesario elegir el orador que en un panegirico debia tributar los últimos honores á los mártires de la patria, no fuiste tú el elegido, á pesar de tu voz sonora y de tus intrigas, ni Démades que acaba de conseguirnos la paz, ni Egenon ni ninguno de tus amigos: esta honra me fué concedida. Entónces se os vió á Pitocles y á tí

vomitando contra mí, poseidos de tanto furor como impudencia, las mismas invectivas que acabas de reproducir, lo cual fué un motivo más para que los atenienses insistiesen en su eleccion. Las principales causas que tuvieron para hacerlo, voy á manifestártelas, aunque no lo ignoras. Ellos conocian mi constante amor á la patria, así como todos los crimenes con que la habeis ofendido: sabian que nuestros reveses aseguraban vuestra impunidad, y que si vuestros sentimientos antipatrióticos no se manifestaron hasta que arreció la tormenta, esto era una prueba de que en todas épocas habiais sido enemigos encubiertos de la República. ¿Como confiar el panegirico de aquellas víctimas heroicas á los que se habian visto mezclados con los vencedores, participando del placer insultante de sus festines y alegrándose de nuestras desgracias? ¿Era digno que una lengua falaz pronunciase las alabanzas y deplorase el infortunio de tan ilustres muertos? Para esto era indispensable, no quejas y lágrimas fingidas, sino un alma penetrada del público sentimiento. Esté dolor lo encontraban los atenienses en su corazon y en el mio, pero no en el vuestro, y por esta causa me prefirieron para un cargo tan honroso. Pero no sólo ellos, sino que también los padres y los hermanos encargados de las exequias obraron del mismo modo. La comida fúnebre que se dá ordinariamente en la casa del

cualquiera de los más próximos parientes la dieron en mi casa. No se engañaron a hacerlo así, porque si ellos estaban ligados á los muertos por los vínculos de la sangre, como ciudadano nádie lo estaba tanto como yo. Sí, los más interesados en su conservación y en su triunfo debían ser, después de su desgracia, para siempre irreparable, los que mayor parte tomasen en el luto general,

Leed á ese hombre la inscripcion que Atenas grabó sobre la tumba de sus mártires, y reconocerá su injusticia, sus calumnias y su infamia.

*(Lectura de la inscripcion.)*

¿Lo oyes? *Sólo pertenece á los Dioses el no equivocarse nunca, y sólo ellos disponen de la fortuna.* ¿Es á un orador á quien esos versos hacen árbitro de la victoria? *Nó, ese poder lo atribuyen á los inmortales.* ¿Por qué, pues, miserable, me diriges tantas imprecaciones?; Permita el cielo que todas caigan sobre tí y los tuyos! En medio de tantas acusaciones calumniosas, una circunstancia; oh, atenienses! me ha sorprendido más que todo. Al recordar nuestras desgracias, Esquines no se condolia como corresponde á un buen ciudadano; ;ni una lágrima habia en sus ojos! ;ni un acento de dolor en sus lábios! Alzando sus voz estruendosa, se alegraba y creía acusarme sin ver que se acusaba á sí mismo al mostrar que no participaba del infortunio comun como

nosotros, Sin embargo, á cualquiera que se alabase como él de amar las leyes y la democracia, le convendría mostrarse interesado en las ventajas y en las desgracias del Pueblo, en vez de colocarse deslealmente, bajo las banderas del enemigo. Esto hacias, Esquinés, cuando me imputabas el desastre sufrido por la Grecia y las desventuras de Atenas. No fueron mis consejos la causa que os llevó desde el principio a defender la independendencia griega. Si me atribuí el honor de todo lo que habeis realizado para reprimir un poder que se levantaba contra los helenos, me habeis concedido más que el Pueblo ha concedido hasta ahora. Atribuirme semejante honra, seria inferiros una injuria, y si ese hombre fuese justo, tampoco buscaria en el ódio que me profesa un pretexto para calumniar vuestra gloria.

Mas ¿á qué me detengo en esto? ;No tendré que rechazar mentiras aún más escandalosas? El que me ha acusado ;oh cielos? de inteligencia con Filipo ¿qué no será capaz de decir? Pongo por testigos á Hércules y á todas los mortales de que si dejando aparte las imputaciones del ódio y la calumnia se investigasen de buena fé los culpables sobre cuyas frentes debe recaer la responsabilidad de nuestras calamidades, se encontraria que son los Esquines de cada ciudad y de ningun modo los Demóstenes. Cuando el poder de Filipo era aún débil pro-

digamos á la Grecia advertencias, exhortaciones y consejos de prudencia, miéntas que ellos escitados por una sordida rapacidad vendian los intereses públicos, procurando seducir y corromper á los ciudadanos hasta dejarlos reducidos á la servidumbre, En Tesalia estaban Daocho, Cineas y Trasideo; en Arcadia Cercidas, Hierónymos y Eucampidas; entre los argivos Myrto, Menaseas y Teledamos, en Elis Euxiteo, Aristamo y Cleatimo; en Mesena la raza del impío Filiades, Neon y Trasiloco; en Siciona Aristrato y Epicaros; en Corinto Dinarco y Demarato; en Megara Peteodoro, Helixos y Perilao; en Tebas Timolao, Teogiton y Anemetas, y en la Eubea Hiparco, Clitarco y Sosistrato. Ni en un dia terminaria la enumeracion de todos los traidores. Esos son, ¡oh atenienses! los hombres que, en sus ciudades seguian la misma conducta que esos entre vosotros. Almas de cieno, viles adulaadores; furias de su patria, á la cual han procurado mutilar horriblemente, vendiendo la libertad. entre brindis y libaciones, á Filipo y Alejandro sucesivamente, y haciendo consistir su felicidad en sus liviandades y en sus infamias han destruido aquella independencia, aquella satisfaccion de no sufrir el yugo de ningun amo; noble y supremo orgullo de nuestros mayores.

Entre las conspiraciones que tanto se repitieron, en medio de las pujas en que se fijaba precio á la libertad griega, el mundo

gracias á mis consejos ha visto la inocencia de Atenas y los atenienses la de Demósteres. ¿Y te atreves aún á preguntar por qué virtudes creo merecer una recompensa? Pues voy á decírtelo. He resistido los halagos, las seducciones y las más brillantes promesas cuando en las ciudades griegas todos los oradores, empezando por tí, se vendian á Filipo y despues á Alejandro; he desechado la esperanza, los temores y el favor, y he defendido los intereses y los derechos de mi patria; he dado siempre á mis conciudadanos consejos saludables sin permitir que la balanza de mi voluntad se inclinase por el oro; he manifestado en todos mis actos un alma recta é incorruptible; he dirigido los más grandes asuntos de mi siglo con prudencia, con justicia, con sinceridad; ¡hé aquí mis títulos para merecer una corona! En cuanto á la reparacion de los muros y de los fosos que ridiculizas con tus sarcasmos, la creo digna de reconocimiento y de elogio, ¿por qué no? pero la coloco muy por bajo de mis otros servicios. No, nó es únicamente con piedras y ladrillos con lo que fortificado á Atenas. Dirijo una mirada imparcial sobre mis verdaderas fortificaciones y encontrarás armas, reductos, plazas, puertos, naves, tropas de caballería y un ejército leal y valeroso. Mira las fortalezas de que he aprovisionado, no solamente en las cercanias de la ciudad y del Pireo, sino en toda el Atica. Yo no he sido vencido por la política y las armas de Fili-